

Es mil veces preferible á aquella colonización armada y mercantil el sistema puesto en práctica por otros pueblos menos civilizados que los europeos, por ejemplo, los chinos que emigran. Estos son colonos pacíficos, inteligentes y modestos, que han sabido hacerse simpáticos, útiles é indispensables en todos

los países donde se han establecido; así los he visto en Java y los he vuelto á encontrar en Singapur. Si abandonaran las colonias europeas, éstas se verían privadas al mismo tiempo de las cosas más necesarias de la vida, de trabajadores, de pequeños industriales y del comercio al por menor. Lo repito, si los



El emperador de Solo (Java) con traje de gala.

chinos fuesen honrados como son hábiles, morales como son degradados; si llevaran consigo las luces de una civilización real en vez de las supersticiones y de las extravagantes prácticas de sus religiones, nacerían rápidamente en las poblaciones donde van á vivir las más sanas y más elevadas ideas, y no se oiría de boca de los desgraciados indígenas las amenazadoras palabras que circulan sordamente contra los

europeos, contra sus cañones y contra su opio. Después de la guerra de 1775 la compañía holandesa dividió las cortes de Jiokjiokarta y de Soerokarta entre dos príncipes javaneses, descendientes de los emperadores de Mataram, cuyo poder fue tan grande á fines del siglo XV; y con cálculo más político que moral, los encadenó poniéndoles bajo su dependencia y dándoles títulos pomposos que halagaban su or-

gullo y considerables dotaciones que satisfacían su avaricia. Por lo mismo, los sucesores de estos príncipes á quienes los holandeses han dejado el derecho de heredar, han permanecido fieles á sus amos aun en los momentos de crisis en que parecía más com-

prometido el poder de los europeos, y se han afiliado contra los insurgentes en todas las sublevaciones, entre otras durante aquella hábil y animosa guerra que sostuvo tanto tiempo en las cortes de Kadu de Soló y de Jiokjiokarta el célebre agitador Dipo Ne-



El sultan de Jiokjiokarta con traje ordinario.

goro. Guiado por un ardiente amor á la libertad y dando ejemplo de energía y de abnegación, aquel hombre consiguió sacar de su desesperada apatía á sus desgraciados conciudadanos y sacó el mejor partido posible de las cualidades que les hacen tan á propósito para una guerra de escaramuzas. Su plan fue ejecutado con tanta inteligencia y valentía que hubo un instante en que confió en la realización de sus

sueños acerca del porvenir de su país; pero la más odiosa de las cobardías desembarazó de él á los holandeses. Fue llamado al campo de éstos con pretexto de parlamentar, é inmediatamente pasado por las armas. Los indígenas á lo menos no han sido ingratos con él, porque su nombre se pronuncia hoy como el de un héroe y un mártir.

Los territorios de Soló y de Jiokjiokarta ofrecen

gran número de interesantes ruinas; allí hay vestigios de ciudades enteras y principalmente de edificios religiosos. Solo citaré las maravillas de la montaña de Guenhung-Ding, situada al extremo de la corte de Pekalongang, y donde dicen haberse encontrado los restos de cuatrocientos templos. Esto es demasiado y se puede suponer con más acierto que aquellos vestigios pertenecen á una antigua ciudad; sin embargo, no nos atrevemos á afirmar nada, porque según las antiguas tradiciones, Guenhung-Ding ha sido la cuna de la mitología malaia y la residencia de muchos dioses del país. El viajero se ve no obstante precisado á entregarse á las conjeturas, porque el examen de todos aquellos curiosos restos está casi absolutamente prohibido.

Pero volvamos á nuestro viaje. Disgustado por no haber podido ver las cortes de Soló y de Djokjokarta, y sobre todo los grandes templos de Boroh-Bodoh de que ya he hablado, volví por mar á Batavia, donde solicité inútilmente permiso para ir á Boghor (Buitenzorg, Quitapesares) (1). Pero estaba decidido á no volver á Enropa sin haber visto el interior del país de Java, y prescindiendo de la autorización necesaria, me acomodé en la diligencia sucediera lo que sucediera.

En Europa no se puede formar idea exacta de lo que es un viaje en posta por la isla de Java: produce materialmente pasmo la rapidez de la carrera y los gritos y latigazos de los indios que corren detrás de los caballos escitándolos con sus voces. El cochero no hace más que dirigir los caballos, lo cual no es poco teniendo en cuenta los caprichos y arrebatos de los caballos indígenas; su látigo solo le sirve en las grandes ocasiones, tanto para llamar la atención de alguno de sus zagales, como para hacer entrar en carrera á alguno de sus indócilos cuadrúpedos.

Ya estamos en el coche corriendo ó más bien volando por el camino de Boghor. Hemos pasado por Cramat, por Meister-Cornelis, y hemos visto la gran población china llamada Bidarat-China. Allí relevamos el tiro y subieron otros dos viajeros, un oficial holandés, tieso como un palo, y un mulato javanés muy rico que volvía de París.

Este último, que en el fondo era un hombre de bien entabló conmigo una conversación en malaio bastante desagradable para mí. Después de haberme dirigido mil preguntas indiscretas á que contesté lacónicamente, me dijo que había gastado 25,000 rupias en su viaje á Francia, y que había traído una multitud de cosas curiosas que me fue preciso admirar. Entre ellas ví un magnífico diamante que aquel vándalo había mandado cortar como si fuese un vidrio,

(1) Prefero el nombre indio Boghor al holandés Buitenzorg (Quitapesares), extraño recuerdo del célebre sitio real de Federico II llamado *Sans-Souci*.

y en él había mandado hacer una fotografía microscópica que representaba su interesante persona.

Durante nuestra conversación el oficial holandés había permanecido mudo y desdeñoso, y solo había interrumpido aquella inmovilidad para fumar y para quejarse de la lentitud de los caballos y de la pereza de los zagales. Es cierto que á sus ojos un francés y un mestizo juntos no componen un hombre, y además nuestra conversación no era muy interesante.

Todo fue bien hasta el tercer relevo; pero allí principiaron para nosotros las incomodidades, desconocidas ahora en Europa, gracias á nuestras previsoras administraciones y á nuestros ingenieros de caminos. De cuando en cuando veía que nuestro cochero lanzaba á escape sus seis caballos, pero sin saber por qué. Entonces pedí al oficial que me lo explicase.

—¿Veis, me dijo, esos sitios húmedos del camino?

—Sí señor.

—Pues bien, son pantanos que apenas pueden atravesar los caballos y que el cochero procura pasar lo más rápidamente posible, porque algunas veces los animales se desalientan.

—¿Y hay entonces precisión de permanecer en ellos.

—Naturalmente.

—Entonces, estos caminos están muy descuidados.

—Vos lo habeis dicho.

—¿Y no sería fácil remediarlo en un país donde abundan las maderas duras é impermeables, con solo echar algunos troncos de árboles en esos pantanos?

—Sería muy sencillo, tanto más, cuanto que el gobierno acaba de destinar ochenta mil rupias para la recomposición de este camino.

—¡Ciento sesenta mil francos! exclamé. ¿Y no se hace nada en un país donde los jornales están tan baratos?

—Falta madera.

—¿En medio de estos espléndidos bosques?

—Está prohibido cortar madera.

—¿Pero no tiene interés en reparar este camino el gobernador, que le recorre dos veces al mes, aunque no sea más que por su comodidad personal?

—Algunas veces se ha atollado aquí.

—¿Y cómo se explica eso?

—Su excelencia el gobernador general percibe, en los cinco años que permanece en las Indias crecidas sumas que procura economizar. Poco le importa permanecer algunas veces seis ú ocho horas más de lo necesario para ir desde su casa á Batavia, con tal de volver rico á Holanda. Y además, hace doscientos cincuenta años que la cosa está así y puede continuar lo mismo.

Iba á inclinarme en señal de asentimiento, cuando el coche se detuvo de repente, porque se había metido en fango hasta los cubos.

Allí nos hubiéramos quedado á pesar de los gritos y los latigazos, á no ser por la llegada de un coche que nos prestó sus caballos. Pero poco después hubo que repetir la operación, unciendo búfalos que rompieron los arreos, y nos vimos obligados á echar pie á tierra y descargar los baules para aligerar el coche. Salimos de allí por fin, aunque no sin trabajo.

También tuvimos una prueba del carácter de los caballos de Java que algunas veces tienen caprichos singulares y peligrosos. Uno de los que llevábamos se negó á andar y fue arrastrado por sus camaradas, y hasta que se le desenganchó y se le cambió de sitio no se decidió á andar.

Luego vimos en un camino paralelo al de los coches unos carros tirados por búfalos que se habían hundido de tal modo en el fango, que solo se veía de los carros y de los animales algunos centímetros.

Debemos advertir para ser justos que los búfalos prefieren los caminos pantanosos á pesar del aumento de esfuerzo que tienen que hacer.

Salimos de Batavia á las seis de la mañana, y no llegamos á Boghor hasta la una y media; es decir, que habíamos invertido ocho horas para andar 10 leguas. El gobierno holandés nada ó casi nada hace para facilitar las comunicaciones con el interior; pero tiene sus razones para ello.

Cuando llegué á la fonda de Bella-vista fui bien recibido por su dueño el señor Grenier y alojado en un precioso pabellón que tiene el nombre de *Villa d'Amore*. No he encontrado en ningún país de los que he recorrido habitación tan admirablemente situada. Desde mi ventana veo en frente el grupo del Salac, cubierto hasta sus mas elevadas cimas con la espléndida vegetación de los trópicos; á la izquierda toda la cadena de montañas del Bantam, y debajo las faldas aterciopeladas del Jomas, que descienden y van á bañar sus pies en el hermoso río que corre en el centro del cuadro á 100 metros debajo de mí; á la derecha crecen grandes cocoteros, por encima de los cuales veo á lo lejos las bases del Pangrangoh.

No solo me considero inhábil para describir aquel espléndido paisaje, sino que nunca me he atrevido á dibujarle. ¿Cómo reproducir aquel maravilloso conjunto? ¿Cómo no perder, al reducirle, el infinito atractivo de los detalles? Aquellas impenetrables espesuras, aquel mar de árboles que el viento agita y que el sol en su carrera hace cambiar á cada instante de aspecto, y aquel río, sucesivamente de color de oro, de plata, de fuego, de ópalo, que serpentea entre las sombrías masas de verdor, son indescriptibles.

Nunca olvidaré las deliciosas horas que he pasado muellemente mecido en mi hamaca, sobre el terrado

de la *Villa d'Amore*, admirando la puesta del sol. Cada tarde se me ofrecía un nuevo espectáculo. No me cansaba de mirar aquel variable cuadro, aquellos valles gradualmente invadidos por las sombras de la noche, aquellas laderas resplandecientes de luz hace poco y cubiertas ahora con los colores del verde más vivo; en fin, todo aquel admirable panorama que concluía por confundirse en una masa imponente, rica de detalles perdidos, formas vagas y colores confusos. Entonces todo lo olvidaba, y si mi pensamiento no hubiera seguido con inquietud á un buque que vogaba hácia Francia, mi felicidad hubiera sido completa.

Después de haber visitado el establecimiento del señor Grenier, fui á dar una vuelta por la ciudad. Boghor, que es menos importante que Batavia y que Sarabaya: se diferencia esencialmente de aquellas dos ciudades en que está construida sobre las colinas que forman las primeras cumbres del grupo del gran Salac, volcan medio apagado. Si se exceptúa el palacio del gobernador general, que es un Versalles en miniatura, no hay ningún monumento notable; pero aquel palacio tiene el jardín botánico más hermoso del mundo. Citaremos los soberbios banianos que allí se encuentran: estos árboles, que pueden llamarse con razón multiplicadores, ostentan sus enormes ramas, que inclinándose hácia el suelo echan raíces y sostienen al árbol gigante con sus poderosos puntales.

Allí hay una calle formada de un solo baniano, por la cual pueden pasar seis coches de frente durante seis ú ocho minutos yendo los caballos al trote. También citaremos una colección completa de la familia de las palmeras, que es seguramente la única en todo el mundo.

Los alrededores de la ciudad son un verdadero paraíso terrenal. Aquí la vegetación es más viva y más vigorosa que en la llanura de Batavia. Las variaciones bruscas é imprevistas del terreno revelan á primera vista su origen volcánico y dan al paisaje un carácter particular. Se ven profundos valles, colinas redondeadas en algunos puntos y desgarradas en otros por profundos barrancos, en cuyo fondo murmuran aguas agitadas y ocultas por formidables espesuras de toda clase de plantas. Al lado de Batavia, el terreno se ensancha de repente y presenta estensas perspectivas, anchos ríos y torrentes impetuosos.

Véanse encima de estos torrentes, maravillosos puentes colgantes, de sólida é ingeniosa arquitectura, en que el bambú, el proteo indiano y las piedras son los únicos materiales.

Colocan dos grandes bambúes en las dos orillas del río, y los arquean de modo que sus extremos vayan á tocarse, atándolos sólidamente uno con otro, y después adaptan á aquellos cables de madera unas traviesas que sostienen el piso del puente. Por él pasan

sin cesar grupos de labradores: un hombre solo apenas hace oscilar aquel débil conjunto, y es necesario que vayan por él varias personas para que sean sensibles las oscilaciones. No dudo que duplicando ó triplicando los bambúes, se consiga construir con ar-

reglo á este modelo puentes capaces de permitir el paso de un coche.

Los trajes de los indígenas son en general semejantes á los que he visto en Batavia, escepto los sombreros, que tienen forma de escudos y desmesuradas



La princesa Saripa, de Jiockjokarta.

proporciones: he visto uno tan exagerado en la choza de un javanés, que deseé comprarle.

—¿Quieres venderme ese sombrero? le dije.

—No señor.

—¿Por qué?

—Porque le necesito para mí.

—¿Dónde podría encargar uno como ese?

—No lo sé.

—Pues tú debes saber dónde vive el que te le ha hecho.

—Sí.

—¿Y dónde está?

—Ha muerto.

Segun este indígena, muerto el fabricante, no es posible adquirir un sombrero semejante al suyo, y aquel hombre no contestaba de tal modo por estupidez, sino por terquedad.

En efecto, cuando los javaneses no quieren decir ó hacer cualquier cosa, contestan la primera simpleza que les ocurre y no se vuelven atrás. Semejante obs-

tinacion no procede en ellos de una especie de ridícula desconfianza como en algunos de los aldeanos de Europa, sino que nace de un sentimiento de dignidad mal entendida, y de que solo en estas pequeñeces pueden ejercer el libre alvedrio de que están privados

en todas las circunstancias importantes de la vida.

Citaré otro ejemplo de su carácter en este punto.

El cocinero que tenia yo en Batavia, y que era un excelente servidor, acostumbraba tomarse el caldo que yo mandaba hacer y que deseaba conservar frio. Me



La sultana de Jiockjokarta.

decía que el caldo se habia echado á perder y que ya no se podía tomar.

—Tráemelo, le dije.

—Le he tirado, señor.

Le encargué que no lo volviera á hacer; él me lo prometió por Allah y por el Koran, y al dia siguiente me contestaba con la misma frase añadiendo á mis convenciones:

—*Suda-lupa*. (Se me ha olvidado).

VIII.

BOGHOR (*Buitenzorg*).

Ascension al Salak.—Los jungles.—El multiplicante.—El gamelhang.—Los toppengs.—El Toekan-Thialong.—El temblor de tierra.—La cerbatana.—La caza y las luchas de animales.—Historia del mono y de la serpiente.—Nueva excursion al interior.—Los prehangans.—Los monos.—El tandoc.—Visita al doctor Ploem.—El beo.—Los rasa-malah.—Los venenos.—Salida de Java.

Desde que llegué á Boghor me atormenta el deseo de subir al gran Salak, esa hermosa montaña cuyos